García (C. M.)

FACULTAD DE MEDICINA DE MEXICO.

"DE LAS CAUSAS MORBIFICAS SECUNDARIAS."

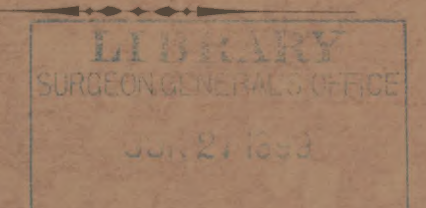
BREVISIMAS CONSIDERACIONES GENERALES

Presentadas al Jurado de Calificación
para el examen profesional de Medicina, Cirugía y Obstetricia

POR

Carlos Manuel García

Alumno de la Escuela Nacional
de Medicina de México, ex-practicante del Hospital Juárez.



MÉXICO
Imprenta del Gobierno Federal, en el Ex-Arzobispado
(Avenida 2 Oriente núm. 726.)

1894

Sr. Dr. José M. Bandera

FACULTAD DE MEDICINA DE MEXICO.

"DE LAS CAUSAS MORBIFICAS SECUNDARIAS."

BREVISIMAS CONSIDERACIONES GENERALES

Presentadas al Jurado de Calificación
para el examen profesional de Medicina, Cirugía y Obstetricia

POR

CARLOS MANUEL GARCIA

Alumno de la Escuela Nacional
de Medicina de México, ex-practicante del Hospital Juárez.



MEXICO
IMPRENTA DEL GOBIERNO EN EL EX-ARZOBISPADO.
(Avenida 2 Oriente número 726).

1894

A la memoria de mi Padre.

A MI MADRE.

A mis dignos y honrados amigos de las amargas horas de prueba, los Señores D. José María Zamudio, D. Francisco Lara Sandiel y D. Miguel Sánchez Hernández, á cuya bondad, abnegación y generosidad sin límites he debido la prosecución de mis estudios de Medicina.

Público testimonio de profundo reconocimiento.

A mis sabios y venerados Maestros del Instituto Veracruzano

Los Sres. D. Esteban Morales, D. José Miguel Macías
y Dr. Juan Francisco del Río.

Homenaje de gratitud y cariño imperecederos.

A mis respetables y distinguidos
Maestros de la Escuela Nacional de Medicina de México

Los Señores Doctores Luis E. Ruiz, Maximiliano Galán,
José María Bandera y José Terrés.

Gratitud, admiración y simpatía.



Señores Jurados:

No pudiérais vosotros, que año tras año os apresurais á acoger con júbilo las noveles producciones de los alumnos de nuestra Escuela, contemplar con censurable impavidez — por mucho que los apremios de vuestra laboriosa vida á ello os obligaran, sirviendo á maravilla de fundamento racional de justificación á vuestra conducta—la primera labor científica y esfuerzo escolar postrero á un tiempo mismo, de los fervientes discípulos, de los hijos legítimos de vuestras enseñanzas, puestas pasivamente en nuestros humildes esfuerzos y labores vuestras miradas, y sordos vuestros oídos á nuestro balbuciente lenguaje, nacido y preparado con lentitud en las ignotas intimidades del espíritu, sin sentir con ansias de arrepentimiento que se os anudaba el pesar en la garganta, al ver amontonarse sobre vuestros rostros los rayos encendidos en reproche de nuestros ojos, y que cada una de nuestras lenguas murmuraba y cada uno de nuestros varoniles pechos repercutía con honda y doliente contrariedad, una sola, pero significativa palabra: ¡Maestros!

Ni pudiéramos, en verdad, tampoco nosotros, al intentar acercarnos en calidad de tímidos comensales á vuestro intelectual banquete, sellar nuestros labios siempre dispues-

tos al elogio merecido y á la alabanza justiciera, ni escatimar nuestra leal admiración ante vuestra saludable obra de sabiduría, en el luminoso festival de las inteligencias. ¡No! Injusto é imperdonable por todos conceptos resultaría nuestro silencio, aun alegando la extraña perplejidad por la que nos sentimos embargados, al ver cerrarse impasiblemente tras nuestras espaldas, las puertas del último año de nuestros estudios profesionales.

Diríase, sin embargo, que en ella se resumen y compenetran por modos bien singulares, en efecto, una fría atmósfera de abandono que oprime, un negro abismo de soledad que aterra, una inmensa mole de pesadumbre que aniquila. Y es, porque tarde se llega á comprender, que víctimas de la fantasía, esclavos del deseo, juguetes, en suma, de ardientes y caprichosos mirajes, al franquear con vigorosas pisadas los recintos de ese suspirado último año, no se coloca la planta sobre una cumbre. ¡Cuáles engañosísimas ilusiones las de los que sueñan con la felicidad, al creer dar orgullosos el imborrable paso último! ¡Como si en el mercado del mundo no se compraran gotas de ficticio bienestar con torrentes de reales amarguras! . . . . ¡Y luego, luchar con el desaliento irremediable que nos acomete, al tender la mirada, casi reveladora de mortales tristezas y de tempranas decepciones fatales, sobre los campos cultivados de la Ciencia! ¿Adónde dirigir los incipientes pasos suplicantes? ¿Cuál rincón inexplorado buscar de la Naturaleza, si doquiera nos persigue el dicho desolador del eminente químico Dumas: «Hay un límite en que la Naturaleza no responde á nuestras preguntas»? ¿En dónde escuchar la cariñosa voz alentadora que nos diga, como Booz dijera á Ruth: «No vayas á espigar á otro campo, ni pases de aquí»? . . . . ¡Y después, pensar en las necesarias deficiencias de que debe adolecer un trabajo, hecho sin graves detenimientos, por mera fórmula, en cumplimiento de un estricto deber reglamentario! . . . .

Pues bien, Señores Jurados, yo me he encontrado sumido en esa perplejidad, he sido presa de ese abandono, me he visto hundido en ese vacío, me he sentido doblegado bajo esa pesadumbre, he bregado sin treguas contra ese desaliento y me he creído sofocado bajo ese cúmulo de meditaciones; por eso, al atreverme á presentar á vuestro recto criterio, como acto de prueba ineludible, en espera de vuestra sanción indeleble é irrevocable, las subsecuentes "Brevísimas consideraciones generales acerca de las causas morbíficas secundarias," no puedo aducir en pro de ellas el mérito de la originalidad, ni siquiera el de la novedad, me apresuraré con llaneza á confesarlo, por mucho que huelgue esta confesión. Síntesis bien pobre, compendiosa y rapsódica son dichas consideraciones, de mis estériles lecturas y groseras traducciones de verdaderos trabajos fecundos sobre la materia; y si con gusto y franqueza proclamo, que en las obras de los grandes Maestros Bouchard, Charrin, Bouchut, Hallopeau, etc., han bebido alientos é inspiración mis débiles fuerzas, seguramente es porque tengo la certidumbre absoluta—abstracción hecha de las obligaciones imperiosas dictadas por una conciencia honrada—de que á no ser por vuestro reconocido fondo inagotable de indulgencia, cada uno de vosotros pudiera en justicia arrojarme severa y desdeñosamente al rostro, la frase del personaje de Daudet: "*J'ai encore vu ça, moi!*"





Consideraciones isagógicas.

Se ha dicho no ha mucho, procurando entronizar el Método en los estudios nosológicos, que las causas de segundo orden, capaces de representar un papel en Patología, diversas é incontables como son, pueden en rigor ser reducidas á tres categorías: causas físicas, causas químicas y causas nerviosas. Aunque por hoy sea útil conservar esta clasificación, quizás no sea impertinente hacer de paso observar, que día llegará indudablemente, en el cual, sin necesidad de que sean sorprendidos ó violados en sus misteriosos senos los secretos de la vida; sin necesidad de que las ciencias biológicas lleguen á un grado de perfeccionamiento rayano en lo absoluto, ni de que el cerebro sea mirado como un laboratorio, como una hornilla los pulmones, el estómago como una retorta: día llegará, repito, cuando el Universo en su conjunto no ofrezca desde el punto de vista estático, sino fenómenos geométricos y desde el punto de vista dinámico, sino fenómenos mecánicos, como dice con acabada precisión De Blainville; cuando se hayan estatuído con certeza esas profundas concordancias que existen *ab eterno* entre la materia y las fuerzas que

la rigen, será reemplazada dicha clasificación por otra más en consonancia con tan remotos y apetecibles avances. No seguiremos, sin embargo, en esta vía, ni pagaremos inconsiderado tributo á vanas imaginaciones; antes por el contrario, ciñéndonos á los puntos que someramente nos hemos propuesto desarrollar, diremos, para posesionarnos desde luego de nuestro cometido, que mientras tanto, es proceder con cordura atenernos á esta clasificación, reservándonos ciertamente el derecho de aceptarla á título provisional. No demos fe ciega, por tanto, á ésta, ni á ninguna otra y menos en las ciencias médicas, recordando antes que nada, el clásico decir de Bernard: "En materia de ciencia la fe es un error, la duda un progreso."

Cada una de las referidas categorías puede obrar sobre el origen, la marcha, la terminación de los diversos órdenes de afecciones y hay que recordar á este respecto, la frase del ilustre profesor Bouchard: "Hay muchas maneras de estar enfermo, pero pocos procedimientos existen para enfermar."

Casi excusado es decir, que la herencia, ese "atributo esencial de la vida," descuella en la historia de las perturbaciones que estudiamos. De importancia cardinal cuando se trata de las funciones de nutrición, de cierto género de neurosis, tiene una parte más ó menos principal en las fiebres; representa también interesantísimo papel en las lesiones elementales de los tejidos. Imposible sería comprender todo el alcance de sus efectos, sin exponer pormenorizadamente su naturaleza, la extensión de sus dominios, las oscilaciones de sus inmanentes fuerzas, las condiciones de su producción. Ella y el innatismo son las bases de la etiología, etiología espléndidamente enriquecida, digámoslo así, por el microscopio, de ese órgano nuevo que nos ha dotado de un sentido más, según el conciso sentir de Pelletan. El estudio minucioso de los gérmenes, en efecto,

ha hecho ver, que cuando éstos poseen la cantidad y la cualidad (el color, la línea y el perfume, que diría un esteta), cuando tienen la virulencia requerida, se convierten en causas de primer orden; en causas de segundo orden en el caso contrario. Bien conocido se tiene el variable poder de los microbios, por cuanto se encuentran sometidos á circunstancias de terreno, de puertas de entrada, etc., que con lastimosa y extrema frecuencia escapan á la penetración del observador. De aquí que no baste el aislamiento y cultivo de los gérmenes, y de aquí también, la singular importancia adquirida por los datos etiológicos auxiliares, cuando se trata, sobre todo, de apreciar en su complexidad los elementos disímbolos de un caso clínico.

Nada tan común como la herencia en lo relativo á los temperamentos, á las diátesis, etc. Nada puede seguirse con mayor claridad que la transmisión directa de un virus determinado. Por otra parte, los espermatozoides pueden propagar á las celdillas embrionarias femeninas, los estados particulares por que ellos mismos se encuentran afectados y que son propios del macho de quien provienen. Compréndese fácilmente de esta suerte, que si las aptitudes pueden así transmitirse, con más poderosas razones obrarán de idéntica manera, las afecciones patológicas sobre los componentes del organismo. La herencia funcional será tanto más pronunciada, cuanto que se refiera á un sistema orgánico más inmediatamente derivado del *vitellus* fecundado. El sistema nervioso central, derivado primero de la ectodermis, sacará consigo las cualidades que tenía este sistema en los generadores, y de un modo más acentuado que los sistemas que nacerán más tarde. ¡Cuánta perpetuidad no presentan los ejemplos de las semejanzas de los productos con los productores, tanto en la conformación física como en las disposiciones morales! Y no sólo son propagadas hereditariamente las particularidades

innatas, sino que las particularidades adquiridas lo son en el mismo grado. He aquí los fundamentos de la creación de razas domésticas dotadas de cualidades especiales, que no constituyen por cierto una característica despreciable entre los raudes empujes de nuestro siglo. Obsérvase igualmente la transmisión al niño, del estado refractario; sin embargo, no puede decirse que tal hecho sea constante, como parecen demostrarlo perentoriamente las experiencias de Charrin y de Gley. Nos ha enseñado la teratología, gracias á la observación, y merced, ante todo, en nuestros días á la experimentación, á conocer con pocas imperfecciones el papel predominante que representan el frío, el calor, los choques, la luz, la posición, los gérmenes inoculados, los tóxicos inyectados, las emociones, etc., en las anomalías, en las singularidades, en las aberraciones que acompañan el desarrollo del feto. Desde este período de la vida hacen sentir los *circumfusa* sus ineludibles efectos, y sabido es que la mayor parte de las adquisiciones hechas recientemente en este terreno, se deben á los juiciosos estudios del profesor Dareste.

Los efectos de los agentes esparcidos en torno nuestro, presentes en el agua, en el aire, en el suelo, en los alimentos, en una palabra, en el medio exterior y aun en el medio interior, nos persiguen y atenacean toda la vida. A ellos vamos á dedicar rápidamente las consideraciones que siguen, pasando por alto las causas primeras, con el período embrionario, ya que no es posible condensar en pocas líneas, la enorme agrupación que forman tan diversos factores etiológicos.

CAUSAS FISICAS.

Es muy probable, que cuando un individuo predispuesto á la gota experimente una entorsis, la articulación contundida se convierta en el foco de un acceso urático agudo; que cuando un diabético reciba un golpe en la región cérvico-medular, aumente inmediatamente la cantidad de azúcar en sus orinas. Conocidos son de todos los resultados fecundos obtenidos en esta senda, y seguramente no son uno de los títulos menos honoríficos del profesor Verneuil, los trabajos que con dichos resultados se relacionan, sus trabajos sobre el despertar de las diátesis adormecidas. A consecuencia de accidentes ferroviarios, nada tiene de asombroso observar glicosurias dependientes de este género de conmociones, y no sólo glicosurias, sino múltiples perturbaciones capaces de extraviar el criterio de un médico-legista solicitado para semejantes peritajes. Ya en la historia de estos hechos clínicos se observan precedentes análogos experimentales; ya han sido reproducidas estas glicosurias por la sección, la ablación, la cauterización, la irritación de los hemisferios, de los pedúnculos, del bulbo, de la médula, de los nervios periféricos, etc., según claramente lo han demostrado las experiencias de Bernard, Schiff y otros conspicuos fisiologistas. Si la gota y la diabetes no son en último análisis sino desórdenes de nutrición, no debe producir extrañeza alguna, que los agentes físicos obren vigorosamente sobre esta nutrición. La inhibición y la dinamogenia, fenómenos son indiscutibles demostrados por el talento de Brown-Séquard, al que la ciencia es deudora de los hechos fisio patológicos por él denominados *inhibición de las mutaciones.*

Se ha dicho que el estado higrométrico del aire es

factor importantísimo en la patogenia de alguna de las formas del reumatismo. Y en efecto: sábese perfectamente la íntima solidaridad que existe entre el funcionamiento del revestimiento cutáneo y la retención ó eliminación de ciertos tóxicos fisiológicos que provocan, ó alejan las lesiones, los dolores en los tejidos fibrosos, articulares, musculares, serosos, etc. El frío ocasiona la leucocitosis del dermis, el empequeñecimiento de los glóbulos rojos, la vacuolización de las celdillas del *stratum granulosum*, según lo piden las necesidades de los procesos kariokinéticos. Todo se encadena en los actos biológicos: el hambre, la inanición, motivan toda una serie de perturbaciones anatómicas y más propiamente humorales; y es porque el poder trófico del eje cerebro-espinal, impulsado á los extremos de sus energías, exánime se queda para llevar á sus términos últimos, las metamorfosis postreras de la materia en agua y cuerpos volátiles.

La electricidad, bajo sus apariencias sordas y silenciosas, penetra profundamente en los tejidos, se difunde potentemente en sus complicadas mallas y deja, después de su paso, una modificación persistente del organismo. Su acción en las funciones de la economía es de las más enérgicas y puede decirse sin exageración, que es el medio más poderoso, por más que no se haya sacado todo el partido deseable de sus efectos, y por más que se haya achacado algunas veces su acción terapéutica á la sugestión, de modificar la nutrición en general.

La influencia de la luz en el desarrollo de las enfermedades es de las más notables. Diríamos, si nos atreviéramos á bosquejar una comparación, que si la obscuridad intelectual está empedrada de maldad, la obscuridad física se empiedra á la larga de taras orgánicas. Truécase la vida en la obscuridad, en semillero de enfermedades y muy en lo particular de la tisis, puesto que la obscuridad favo-

rece el retardo de los cambios nutritivos. «Donde no entra la luz entra el médico,» dice un proverbio que no recordamos si es arábigo, ó italiano, pero que encierra un gran acopio de sentido común. Se ha visto la obesidad desarrollarse en conejos completamente ciegos por la aparición de una catarata doble, causada por la ingestión de la naftalina, fenómeno singular descubierto por el profesor Bouchard. Hagamos también hincapié en el tratamiento de los variolosos por la obscuridad, preconizado por médicos ingleses y daneses, aunque según atestigua Juhel-Renoy, el hecho de la substracción de tales enfermos á la acción de los rayos químicos del espectro solar, no puede prevenir la supuración de la erupción. La obscuridad, por último, es el reactivo de los dolores físicos y morales; y cuando á ella se une en callado maridaje la soledad, tan pródigas ambas en estímulos capaces de exasperar los impulsos anímicos del *yo*, hay por qué valorizar concienzudamente las razones que asisten á Charrin, para hablarnos de la especial Patología de la noche. No importa que científicamente y desde un punto de vista elevadísimo, se niegue la autonomía pura del dolor, como lo hace con muy buenos fundamentos á mi parecer, el profesor Dana. Jamás escacharemos en ningún organismo angustiado, la sombría exclamación del filósofo estoico: «¡Dolor, tú no eres un mal!»

En las enfermedades infecciosas, el papel de los agentes físicos es de los más manifiestos. Enseña la clínica, que el frío, el traumatismo, los polvos minerales, vegetales y animales, son generadores de pneumokoniosis, de gangrenas pulmonares y de hepatizaciones lobulares. En una experiencia muchísimas veces citada, se transforma en tumor blanco una simple entorsis de la rodilla, en individuos afectados de bacilosis pulmonar. ¿Y qué diremos de las afecciones de que pueden ser pasto—personalizando inco-

rrectamente la afección — las serosas y el músculo cardíacos? Positivamente pueden ser originadas por la sola influencia de los virus; y, sin embargo, el cansancio para la miocarditis y la desgarradura de las válvulas para la endocarditis, circunstancias son que favorecen singularmente la evolución de las bacterias. La ley de Pasteur, que quiere que la sangre que circula sea estéril, frecuentemente se ve derogada por heridas arteriales, que haciendo irregular la superficie endotelial, causan primitivamente depósitos de fibrina, que muy luego se convierten en centro de atracción para los gérmenes transeuntes. No surgen hechos nuevos cuando se estudian parásitos mejor organizados que los bacilos en la escala biológica. ¡Cuántos quistes hidáticos debidos á una simple contusión del hígado! ¡Cuántas infecciones palustres, cuántas fiebres eruptivas dimanadas de una caída sobre la región esplénica! ¡Cuántos flujos intestinales solicitados por el frío, flujos que constituyendo después un caldo á propósito de pululación, se transfiguran en océano donde navega imponente el infinitamente pequeño!

Si fijándonos ahora en el reverso de la medalla, estudiamos las influencias recíprocas de los estados diatésicos é infecciosos sobre los diversos géneros de traumatismo, seremos también testigos de hechos de culminante importancia. Vimos ya que los choques gozaban de acción indiscutible frente á las taras orgánicas adormidas; pues bien, las lesiones distróficas elementales tienen también papel señaladísimo ante los efectos de los traumatismos. El artritismo, el reumatismo crónico, la sífilis, las osteoporosis, las neuritis, ciertas afecciones cerebrales, las secreciones microbióticas, las perturbaciones tróficas de los centros, las modificaciones anatómicas de las vísceras eliminadoras, entran en fatal y desastrosa concurrencia, para acentuar los efectos de los traumatismos y las dosis de los principios nocivos.

Y esto lo palpamos aún en los actos fisiológicos más ordinarios de la vida, y cierta curiosidad real, no desprovista de verdadero interés científico, habría en determinar la ecuación hereditaria, dado un antecedente morboso diatésico, por ejemplo, en función del trauma genital.

Distintos estados morales reobran diversa y ruidosamente bajo choques de la misma naturaleza; y, así, es muy probable que en la posible igualdad de las condiciones físicas, el soldado herido y hundido en los abismos de la derrota, no presente en sus heridas las mismas benéficas reacciones, que el soldado también herido, pero arrebatado en alas de la victoria.

CAUSAS QUIMICAS.

Sobresalen en este orden, también numerosísimo de causas, las secreciones microorgánicas, las intoxicaciones por principios anormales, ó por principios normales en cantidad anormal y las auto-intoxicaciones. Ora procedan los venenos enunciados del mundo exterior, ora deriven de nuestros elementos anatómicos, ó se desprendan del funcionamiento de las bacterias en general, la consecuencia de su penetración es favorecer las pirexias. No eliminando los riñones ni la piel, los principios peligrosos, ni destruyéndolos el hígado ni los pulmones, estallan las perturbaciones humorales con todo su cortejo de síntomas acostumbrado; y los bronquios y el intestino y las serosas se transforman en focos flogósicos derivativos, y sobrevienen el delirio, el coma, las convulsiones, etc.

Los accidentes causados por venenos cuya absorción se hace en cortas cantidades diarias, son generalmente accidentes neuropáticos; y á continuación de las histerias

clásicas de este orden, de las coreas y de la afasia tabáci ca, tenemos el capítulo de las locuras tóxicas, entre las que figuran en primera línea, las locuras etílica y saturnina.

Los derivados de nuestras celdillas, cometen una serie de desafueros idénticos á los causados por las secreciones de los organitos infecciosos, que directamente, ó por sus productos, determinan innumerables desórdenes pulmonares, intestinales, articulares, etc. ¿No lo vemos sin ventura á cada paso, en individuos cuyos riñones por cualquiera circunstancia son impermeables á los múltiples *excreta* del organismo? ¿Ignoramos acaso que las nefritis agudas, ó crónicas, que cierran más ó menos las puertas renales, entorpecen la eliminación indispensable de los productos tóxicos fabricados en la intimidad de los tejidos? ¿Y qué deberá pasar cuando estos productos encuentren cerradas sus naturales salidas? ¿Cuáles resultados deberá precipitar la acumulación inusitada de dichas toxinas? La rebelión, el envenenamiento, la muerte.

Ni es necesario tampoco que los gérmenes penetren en los vasos, invadan los sistemas y se posesionen de los aparatos: los alcaloides, las albúminas, las diastasas por ellos procreadas, al adulterar los humores haciéndolos intolerables á los endotelios y al influir por los canales sanguíneos sobre los centros vaso—motores, someten las túnicas de las paredes á una multitud de oscilaciones, de espasmos y de crispamientos tan sucesivos como irresistibles.

CAUSAS NERVIOSAS.

Si el hombre, mediante un esfuerzo volitivo sobrehumano, súbito lograra pulverizar todas las rebuscadas y nocivas exquisiteces que esconden sus procedimientos las

más veces injuriosos de civilización, de fijo que desembarazaría cumplidamente el cuadro nosológico que le abruma y que á la postre le roe y desbarata las entrañas, de muchas especies por razón etiológica neuropáticas. Nuestras delicadezas no son con frecuencia dependientes, sino del estado reaccional de nuestros nervios periféricos, como procuraré con un ejemplo ilustrarlo.

Entre el salvaje, que huella con desnuda y callosa planta pavimentos de montañas; que aspira á torrentes por sus pulmones el aire embriagador de sus nativas selvas virginales; que libre y altivo se extasía frente á las regiones anchurosas del viento, y el lechuguino desventurado que deforma y aprisiona entre ballenas y férulas torturadoras las carnes y osamenta de su cuerpo; que calienta y refocila entre mullidos almohadones sus miembros lasos, sin calor, amortecidos; que suda penosamente su ración de oxígeno en la atmósfera empobrecida de la ciudad, hay un cúmulo de contrastes irrisorios é insultantes para el segundo; hay un triple abismo moral, intelectual y físico, que no siempre logran salvar la Caridad ni la Filosofía. Viriles y majestuosas, fogosas y arrolladoras se ostentarán en la plenitud de su evolución las poderosas funciones fisiológicas del primero: mezquinos y desmayados, miserables y ridículos rastrearán apesaradamente los débiles impulsos orgánicos del postrero. Aquel, paseará sin notarlo, la piel endurecida de sus pies sobre punzantes guijarros, y fuerte en su coraza cutánea, desafiará con los honores del triunfo, todas las intemperies del cielo y todos los ultrajes de la tierra. Este, llorará lágrimas de sangre y proferirá quejas de fuego, cuando un grano de arena azote con desacordada violencia la tela de araña de su epidermis, ó se interponga atrevido entre su planta y su bota! ¡Y cuánto no habría que hablar en ese sentido, sin ladear los obscuros precipicios de un anarquismo, de un nihilismo social! . . . .

Reconozcámoslo: los nervios sensitivos y motores, por sus diversas propiedades y por sus reacciones naturales, gozan de imprescindible influencia en los actos más sencillos, como en los más complicados de la vida. La intervención de las causas nerviosas es noción que se impone con incontrastable fuerza, cuando se piensa no más en la autoridad del eje cerebro-espinal sobre la circulación y la respiración. ¿Y qué decir de los vaso-motores? ¿No son ellos los que á las órdenes de sus respectivos centros y con el auxilio de los canales donde se ramifican, cierran, ó por el contrario abren las puertas de la absorción, acelerando ó retardando, según las volubles demandas vitales, los movimientos de la materia, haciendo arrebatar con presteza, ó acarrear con lentitud los residuos de las celdillas?

Convencidos ya del poder incalculable de esta tiránica regencia, pasemos á ver algunos ejemplos en que queden patentizadas las modalidades singulares de las mutaciones nutritivas debidas á las reacciones nerviosas. Se han visto ataques de asma curados á la presencia de hechos terroríficos y ataques de gota aguda desaparecer bajo la influencia de accesos de cólera. Las emociones rápidas provocan las hemicranias y cuando son intensas y repetidas, cólicos hepáticos, etc. Los placeres, los excesos, el cansancio intelectual, la tristeza, engendran la glicosuria ó exacerban la ya existente. Hansemann ha presentado en la Sociedad de Medicina berlinense, una pieza anatómica perteneciente á un hombre de setenta años que había muerto de bronquitis capilar. La pieza á que hacía referencia, era la pierna derecha de dicho individuo, que parecía haber estado afectada durante la vida, de lepra mutilante; y, sin embargo, se trataba verosimilmente, según el mencionado autor, de procesos neuropáticos que habían determinado los desórdenes nutritivos observados en aquel miembro.

Obsérvanse consecuencias análogas, bien sea el agente moral ó traumático; y así, ha podido decirse, que el pesar es un mal físico y la melancolía la convalecencia del dolor. En el interesante libro de Féré intitulado "Patología de las emociones, estudios fisiológicos y clínicos," pueden leerse multitud de ejemplos encaminados á probar la veracidad de estos asertos.

No permanecen tampoco extraños á estos preceptos los impulsos pasionales, ni desafinan en el nervioso concento; y el conocido aforismo latino, "*mens sana in corpore sano,*" no es quizá tan antiguo, como tan provechoso y exacto.

Digamos para concluir, que las leyes que gobiernan el ayuntamiento carnal en la especie humana, ni pueden substraerse por manera alguna á los principios generales expuestos, ni pueden ser burladas á mansalva. La nutrición de la especie, sabiamente encerrada en la gula de fruición que aqueja al sentido genésico, no consiente el impune quebrantamiento de sus naturales reglas. Tal vez aquí es donde pesan más intensamente las soberanas exigencias del sistema nervioso, y nada tendría de sorprendente en verdad, para las facultades investigadoras del médico psicólogo, la discreta contemplación de nerviosas afecciones incurables, de malhadados desquiciamientos constitucionales, debidos á una sola sensación displicente, á una simple infracción del silencio, á una intempestiva interrupción de las tinieblas, cuando se pierde la noción de la vida en la hora de los sexos.

Resumamos: "En lo infinito que circunda la frente del hombre y en lo finito que sustenta sus pies," se ciernen, ó se arrastran, amenazando de continuo su vida y poniendo en vilo su existencia, causas morbíficas sutiles, varia-

dísimas, inacabables. Podría decirse, sin temor de incurrir en paradoja alguna, que si quisiera emprenderse con buen éxito el estudio de esos agentes fuertes é intangibles, ciegos é implacables, sacándolos de sus ignoradas sombras y profundizando con exactitud cumplida los dificilísimos problemas etiológicos que con ellos se relacionan, sería preciso contar con un manantial de tenacidad, en el cual la humana inteligencia no puede ni racionalmente pensar; sería necesario reconcentrar en un solo cerebro los dones de una potencia infinita y de la ubicuidad suprema; sería indispensable, para decirlo de una vez, que la mente que en tales estudios fructíferos, aunque ultrahumanos se empeñase, saludara, contemplando la Naturaleza con facultades de observación extraordinarias, los soles sucesivos de muchas eternidades. Y ni así: creciendo para el Rey de la Creación, en la consecución de los tiempos y en progresiones indescriptibles y monstruosas, los peligros permanentes por que se ven sin descanso amagadas sus deleznables resistencias orgánicas, esa misma inteligencia omnipotente, armada de órganos omnipresentes, nunca pudiera justipreciar la suma de elementos perdurablemente desencadenados contra tan frágiles vestiduras de un día!

México, Enero 28 de 1894.

Carlos Manuel García.

